

Expiación Vicaria

El poeta extático del siglo XIII, Rumi, contó una historia ahora famosa sobre un elefante. Algunos sufíes necesitaban recaudar dinero. Para ello llevaron un elefante a un lugar donde nunca se había visto un elefante. Lo trajeron durante la oscuridad de la noche y lo guardaron en una tienda oscura. Luego vendieron boletos para visitas breves para experimentar el elefante en la tienda. Un hombre entró y salió y dijo que el elefante es como un templo con grandes columnas; otro dijo que era como los grandes ventiladores que se usaban para refrescar a la reina. Otro dijo que el elefante es como una manguera gigante. En este punto de la historia, Rumi comenta: “Qué diferencia haría un poco de luz”.

En la filosofía Rosacruz se nos ha dado más que un poco de luz; hemos recibido lo que es como el sol de verano al mediodía en el Sahara. A veces parece que todo se revela y se aclara. La realidad es diferente para el mundo. El sol no ilumina las cosas en todas partes al mismo tiempo; hay cuartos oscuros. También hay pilares teológicos y abanicos. “A quien mucho se le da, mucho se le demandará”. Es nuestro deber llevar luz donde hay oscuridad. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Es nuestro deber exponer los pilares y los fanáticos por lo que son en el conjunto de las cosas.

Uno de los pilares teológicos que necesita aclaración es la “doctrina de la expiación vicaria”. Hay muchas variantes de esta doctrina cuyos nombres revelan sus significados. Incluyen la teoría del rescate, la teoría de Cristo el vencedor, la teoría de la recapitulación, la teoría de la satisfacción, la teoría de la sustitución penal, la teoría de la influencia moral y otras. Todos tienen una cosa en común: la idea de que Cristo murió por nuestros pecados y en esa muerte nos redimió.

De acuerdo con los descubrimientos de los videntes místicos cristianos, Cristo sí tuvo que morir, pero no fue la muerte de Cristo la que nos da la bendición del camino a la redención y la salvación, es la vida de Cristo la que hace eso. Las razones místicas de la necesidad de la muerte vendrán más adelante. Por ahora, es más oportuno hablar de la base histórica de esta doctrina.

La filosofía rosacruz enseña que la religión evoluciona a medida que evolucionamos. En la época representada en la historia del Jardín del Edén, nuestra conciencia era predominantemente interna. No necesitábamos una religión.

Contemplamos la divinidad, un hecho repetido por San Pablo. Entonces nos estábamos recién dando cuenta del exterior, y solo éramos levemente conscientes de la toma y la salida de los cuerpos físicos. Estábamos llegando a la Tierra química a medida que se estaba formando. Mientras nos volvíamos más conscientes externamente, perdíamos nuestra conciencia interna. Volvemos hacia el exterior era una de las metas para nosotros en el plan divino. Nos preocupábamos tanto por el exterior que perdimos el contacto con el interior y sus leyes no lo eran. Estábamos distraídos. La pérdida gradual de la interioridad nos llevó a cierta inseguridad. Éramos vulnerables, como lo somos a menudo en períodos de cambio. Respondimos enfocándonos más en la pérdida de nuestros cuerpos físicos y el mundo exterior. En este estado fuimos tentados a buscar la inmortalidad a través de la reproducción de cuerpos físicos a voluntad. Aceptamos la tentación y nos rebelamos contra el mandato divino acerca de la sagrada fuerza creativa. Hicimos esto antes de conocer conscientemente las leyes internas sobre la fuerza creativa y su propósito. En consecuencia, dejamos de estar en armonía con el cosmos y su plan divino. El resultado fue que "caímos" más profundamente en la materia de lo que se pretendía.

Al tomar la sagrada fuerza creativa en nuestra voluntad, estábamos declarando efectivamente sobre la soberanía espiritual de las jerarquías espirituales que previamente controlaban nuestro progreso. La licencia procreativa no satisfizo nuestra inseguridad. Todavía necesitábamos lo Divino y su guía, así que buscamos la conexión espiritual a través de la religión. Cuando declaramos la soberanía espiritual, las jerarquías divinas tenían que respetar eso, como lo hacen todos los seres divinos. Ya no podían controlarnos de cualquier manera. Tuvieron que usar otros medios indirectos para llevarnos a lo que necesitábamos. Uno de los medios para humillar nuestro creciente egoísmo fue el sacrificio, a cambio de una conexión espiritual, que es exactamente lo que significa la palabra religión. Se nos pidió que sacrificáramos nuestras posesiones más preciadas, los animales, por la bendición divina. Durante muchos miles de años, el sacrificio de animales fue parte de la experiencia religiosa. El sacrificio ritual se convirtió en un componente integral, casi constante, de la religión.

"La sangre es una esencia peculiar". Los místicos y los ocultistas saben que se puede obtener un poder al tomar la sangre de un animal o de otro ser humano. Esto es cierto ya sea que lo haga un individuo o un grupo. Es un poder que vincula a los cómplices y, en eso, se sacrifica la libertad. Los asesinos psicópatas sienten este

poder, y la extracción de sangre es una herramienta en los rituales de las sociedades criminales y hechiceras. Ha habido culturas en las que los líderes sacerdotales tenían poder al pervertir este principio en el sacrificio humano.

Con estas cosas en nuestra larga historia, y aún presentes en el trasfondo psíquico, se comprende cuántos se inclinarían a ver el sacrificio y la crucifixión de Cristo como una propiciación, un rescate cósmico, una sustitución, o un sacrificio ritual, después de tantos milenios de condicionamiento. Sin embargo, comprender estos orígenes de las teorías teológicas y el entorno del que surgieron no las convierte en verdaderas. Cualquier aspirante cristiano, de cualquier calaña, debería avergonzarse de pensar que su religión se basa en rituales, sacrificios de sangre. Una de las peores formas de materialismo es el literalismo, del tipo que lleva a la creencia de que uno está literalmente, no simbólicamente o alóxicamente, consumiendo carne y sangre en comunión. La religión de Cristo, la nueva religión, la religión del Hijo, es una religión fundada en el amor, no en la muerte y la sangre. Las antiguas religiones, las religiones de Jehová, eran religiones de separación hacia el individualismo, y estaban preocupadas por la muerte. Las teorías de la expiación vicaria parecen ser una reversión a negociar con Dios en el temor a la muerte, el temor que nos llevó a la “caída” en primer lugar. Tal vez una lectura atenta del propósito de la vida de Cristo pueda ayudar a comprender la necesidad de la muerte si no fuera literalmente un sacrificio de sangre, a pesar del poder vinculante.

Una lectura ligera de los Evangelios, sin siquiera entrar en interpretaciones esotéricas, es una buena manera de comenzar a comprender la encarnación de Cristo. Hacer eso revela que el Evangelio de San Juan hace mucho más que cualquiera de los Evangelios sinópticos. En el Evangelio de San Juan, Cristo nos dice con frecuencia por qué vino. Él vino a llevar cosas a aquellos que estaban en necesidad y que estaban dispuestos a recibir lo que él ofrecía. La lista de ofertas no es muy larga pero sí repetitiva. Incluye luz, visión, amor, paz, alegría, verdad y, sobre todo, vida. El don de la vida, expresado en varias formas, está claramente al frente del propósito de Cristo. La vida no se ofrece en contraposición a la muerte, para cuya preocupación es un antídoto. Es Vida, per se, vida “abundante”, vida “eterna”, vida que no es de este mundo. Un simple escaneo del material de origen de las escrituras para todas las formas de cristianismo debería descartar las nociones de rescate, sustitución o cualquier otra razón para una muerte sacrificial no lo hace. Se ven más crucifijos que celebraciones de la vida y del amor de Cristo, como si la muerte en lugar de la vida purgara las transgresiones. Nuestra

permanencia en la ceguera espiritual, en lugar de la “luz” y la “visión” que ofrece Cristo, parece perpetuarse a sí misma. Parece ser una obstinada persistencia en el materialismo. Nos exiliamos del Jardín del Edén (visión interior), y nos hemos acostumbrado a nuestro exilio — somos gente sensata, literalmente. Como niños pequeños, pensamos que podemos salirnos con la nuestra si no nos ven, y si nos atrapan, nuestros pecados son expiados. En ese estado de ánimo, que alguien muera para eliminar nuestros pecados parece agradable, e incluso ha resultado plausible para muchos. No funciona de esa manera. No podemos escapar de las consecuencias de nuestros actos más de lo que podemos escapar de nosotros mismos. Para comprender la remisión o el perdón de los pecados, aunque sea un poco, conviene apelar al cristianismo esotérico, a la mística cristiana.

Debe señalarse *ab initio* que este tema está mucho más allá de los límites de un breve ensayo. Se han escrito muchos libros sobre la remisión y el perdón de los pecados, y se escribirán muchos más. También hay que señalar que una comprensión profunda y viva del tema también está actualmente más allá del autor de este ensayo. En el mejor de los casos, será un pequeño sorbo del pozo profundo que mana el agua de la vida.

Hay una historia pagana de la creación que dice más o menos que la oscuridad (invisibilidad) fue primero. Lo primero que se creó en la oscuridad fue el amor y lo primero que creó el amor fue la ley, bajo la cual se creó todo lo demás. Además de ser más o menos un paralelo con una de las historias de la creación de Génesis, esta historia es la inversa de San Pablo cuando dice: “el fin de la ley es el amor”. El amor es el principio y el fin de la ley. Lo subtiende. El amor es también un atributo del Espíritu de Vida, la morada de Cristo, el Hijo, que lo representa. Todas las declaraciones “Yo soy” de Cristo en el Evangelio de San Juan son atributos del Espíritu de Vida. Por ejemplo, cuando Cristo dice: “Yo soy la verdad”, Cristo está hablando de la pura verdad que trasciende los principios que la contienen en la subdivisión abstracta del mundo del pensamiento, y a través de los cuales experimentamos actualmente la verdad. Central a estos principios es el principio de causa y consecuencia, la ley. El amor del Espíritu de Vida da como creación manifiesta a través de la ley. La creación es una manifestación de algo nuevo. La novedad es otro atributo del Espíritu de Vida: “He aquí, hago nuevas todas las cosas”.

Según la ley, recuperamos lo que dimos. Hay algo nuevo en el intervalo entre causa y consecuencia, o no habría cambio, y sabemos por experiencia que, en la

ctualización de los acontecimientos, nosotros y el mundo cambiamos para siempre. No se puede volver a la ignorancia anterior al cambio. En la red de causas y consecuencias, nos ocupamos de la actividad de las causas y consecuencias. Como la ley, nuestro Yo es también una idea, una idea divinamente concebida, en la subdivisión abstracta del mundo del pensamiento. Este es el mismo Ser que fue engañado y desviado en su infancia e inocencia, en la “caída de la humanidad”; no había naturaleza inferior para ser culpable en ese momento. Así, fuimos introducidos al Yo, el egoísmo, la causa y la consecuencia, y el pecado simultáneamente. Nos hemos preocupado por todas estas cosas, especialmente en nuestro profundo enfoque en la materia y el materialismo. Estábamos destinados a experimentar y crear en la materia, pero no de manera tan ciega, obsesiva y egoísta. Algo había que hacer porque estábamos a punto de hacer imposible nuestra permanencia en la Tierra. Nuestro mal uso de nuestro poder creativo fue severo.

Lo que se hizo fue que Cristo vino a vivir entre nosotros como uno de nosotros para ofrecernos un camino de redención, **si lo aceptamos**. Todo en Cristo y Espíritu de Vida es libre y voluntario, incluyendo este acto de Cristo. Nuestra aceptación de Cristo y el camino de la redención también tenía que ser libre y voluntario. Cristo trajo una nueva religión, no solo una nueva secta, sino un nuevo orden de religión. Las religiones anteriores eran religiones de Jehová, del Espíritu Santo. Esas religiones eran para la individuación. La religión de Cristo es la religión del Espíritu de Vida, del Hijo. Algo de lo que esto significa se puede encontrar en otro ensayo sobre la gracia y el perdón de los pecados.

La autoproclamada misión de Cristo no fue abolir la ley sino cumplirla. Sin ley no habría orden en el cosmos concreto. No habría retroalimentación creativa para lo Divino. El perdón de los pecados no significa que las causas no tendrán consecuencias. Significa, en parte, que se quita el peso de la pesadez personal. “Mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. Somos libres cuando vivimos en Cristo y Cristo vive en nosotros. Al vivir la religión de Cristo, se inyecta perpetuamente un amor interno y abundante en la corriente causal. El amor de Cristo es un amor supremamente creativo. “Sabrán que sois míos porque os amáis unos a otros” o “Ama a tu enemigo”. Llevar el Espíritu de Vida a las cosas hace que todo sea nuevo. Es como el perdón entre amigos. El acto que requirió el perdón sigue siendo el que era, y seguirá teniendo consecuencias, pero esas consecuencias tendrán lugar en el estado de claridad que es como empezar con un estado limpio, uno ya no está viviendo bajo un manto de culpa. Una vez más, la experiencia es como son las cosas cuando uno se ha reconciliado con alguien y puede empezar de nuevo, pero, gracias

al amor, todo se hace mejor. La única diferencia en la realidad general de estos ejemplos es que en Cristo, esta actitud se puede sostener, si así lo queremos, todo es nuevo.

Ya sea por intuición o por invitación (“pedid y se os dará”), con Cristo todo es nuevo. “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”. La novedad de estar en estado de gracia significa que nuestras vidas se vuelven más creativas. No hay nada monótono en la vida cristiana. Nuestras vidas no están prescritas ni proscritas, son tan espontáneas como les pedimos que sean. Para que no lo olvidemos, es más fácil decir estas cosas de palabra que vivirlas. Ante consecuencias onerosas, pedir no siempre es tan fácil. Hay ninguna promesa de que para los cristianos la vida será fácil (nunca lo ha sido para los cristianos), pero con Cristo será más fácil, “mi yugo...”. No obstante, la vitalidad de tratar de vivir la vida cristiana bien vale toda la dureza.

Traer el Espíritu de Vida a nuestras vidas, trae amor. El amor necesita un objeto, algo que amar. El amor puro del Espíritu de Vida, el amor de Cristo, ama cualquier cosa y todo simultáneamente según la necesidad de amor. Es amor universal. Con respecto a los humanos, esto significa altruismo. En Cristo, cuando actuamos, cuando iniciamos causas nuevas, lo hacemos por el bien del otro y por amor, es decir, por Cristo. Vivir de esta manera soluciona otro problema con el pecado, el problema del egoísmo, el egoísmo en el que nos hemos alimentado, y desde entonces, la “caída”. Nuevamente, esto no es fácil, aunque ciertamente vale la pena, y se vuelve más fácil a medida que aprendemos a amar impersonalmente. Al tratar de vivir de esta manera, nos volvemos vulnerables a aquellos que no están tratando de vivir de esta manera, pero, si no somos vulnerables al sufrimiento, no somos vulnerables a la gracia. “Te basta mi gracia”. Esta declaración del asunto es un poco simplista acerca de lo que es un tema moral difícil que involucra el respeto por uno mismo y otras consideraciones. Aunque simplista, apunta al comienzo de una nueva forma de vida de renacimiento perpetuo en el momento.

Muchos de nuestros actos humanos tienen un solo propósito. Se hacen para lograr una cosa. No es así en las cosas espirituales. Muchas cosas en muchas direcciones en muchos niveles están involucradas en los actos espirituales. La encarnación y la vida de Cristo es así. Sus objetivos y ramificaciones son múltiples. Uno de esos objetivos se relaciona con lo que se llama expiación vicaria en una esfera de actividad más macroscópica.

A veces erramos de tal manera que no podemos expiar inmediatamente nuestra transgresión. Las circunstancias no siempre permiten la rectificación de una cadena

de causas en el momento. Algunas causas tardan más en madurar de lo que tenemos tiempo. Algunas consecuencias solo se pueden cosechar en ciertas temporadas, como las enfermedades infantiles, por ejemplo. En general, este ha sido el caso con nuestro humano destino en la Tierra. Nuestra caída en el materialismo se describe acertadamente como una "caída" por su velocidad y precipitación. Tenemos muchos pecados no redimidos, tantos que algunos lo describen como que "llevamos la carga del pecado". Estas comisiones no cobradas no son solo acciones. Detrás de las acciones hay pensamientos y deseos. Si bien las acciones pueden durar solo unos momentos, los pensamientos y deseos detrás de ellas persisten durante mucho tiempo, más en términos de milenios que de minutos. Los actos no descargan completamente los pensamientos y los deseos. Siguen teniendo influencia. Se desarrollan en una atmósfera de influencia que algunos llaman el trasfondo psíquico. Una atmósfera psíquica tiene una gran influencia. Es probable que todos hayamos experimentado esto. Es posible que hayamos participado en un grupo que salió mal, y los sentimientos oscuros persistieron y echaron a perder una atmósfera que alguna vez fue agradable, tan mal que el grupo no pudo recuperarse. Este ejemplo, aunque apropiado, es minúsculo comparado con la atmósfera psíquica de la Tierra después de muchos milenios. Antes de que Cristo viniera, el trasfondo psíquico de la Tierra era oscuro y pesado. La corrupción prevalecía en todas partes, incluso en los templos. Fue tan malo que las Jerarquías Divinas, que guían y dirigen nuestro destino evolutivo temieron que nuestro progreso no pudiera sostenerse. Había que hacer algo por el bien de todos los seres en la evolución de la Tierra. Lo que se hizo se llama una obra de Cristo.

La creación evolutiva en la que hemos sido bendecidos para participar no ocurre de una sola vez en una sola actividad. Sucede en oleadas. Son como los pétalos de una rosa, algunas se caen mientras que otras comienzan a formarse. Cada ola evolutiva tiene condiciones únicas para pasar por las etapas de la creación. En el mundo que nos rodea, vemos las ondas evolutivas en las etapas mineral, vegetal y animal, que preceden a nuestra etapa humana. Aquellos que han hecho el trabajo para desarrollar la visión espiritual, informan que hay muchas otras oleadas de seres en etapas más avanzadas. En esas etapas se encuentran Ángeles, Arcángeles, Señores de la Mente y muchos otros. Cada ola ha alcanzado cada etapa bajo diferentes condiciones cósmicas, a medida que se desarrolla la totalidad de la creación. En consecuencia, cada ola ha desarrollado una especialidad de acuerdo con el estado del ser en el que alcanzó la autoconciencia, en la etapa humana, la etapa de objetivación. Los humanos hemos alcanzado la autoconciencia en la Subdivisión Química del Mundo Físico. Nos estamos convirtiendo en maestros de la forma en

materia química. Los Ángeles actuales alcanzaron la autoconciencia durante el período anterior a este, en la Subdivisión Etérica del Mundo Físico, los Arcángeles alcanzaron la autoconciencia en el período anterior a la de los Ángeles, y la alcanzaron en el Mundo del Deseo, y así sucesivamente. No todos los seres de cualquier ola ponen la misma cantidad de esfuerzo en el trabajo creativo. Algunos, en cada ola, reemplazan la entrada normal y se convierten en la Clase Iniciada capaz de penetrar en los misterios de la creación. Entre los Iniciados algunos sobresalen tanto que llegan hasta donde uno puede llegar en los misterios y son llamados la Clase Iniciada Más Alta. Uno de los Iniciados Supremos se vuelve tan perfecto en el trabajo creativo como para convertirse en el Iniciado Supremo. Ese Iniciado Supremo singular se convierte en el epítome de su ola que lidera y representa. También representa el aspecto de la divinidad en el Creador investido en su ola de vida, y la sustancia especializada por ella. Cristo es el Iniciado Supremo de los Arcángeles y el ser que representa el segundo atributo de la deidad, el Hijo Cristo, cuando estaba investido en forma, era el epítome viviente del Mundo del Deseo al haber creado un cuerpo de deseos casi más allá de la comprensión humana, especialmente en los atractivos deseos de amar y dar. Fue este cuerpo de deseos el que fue traído al trasfondo psíquico de la Tierra en la crucifixión. Este regalo ya ha cambiado radicalmente nuestro entorno evolutivo y aumentará su influencia a medida que aprendamos a responder a él. Esta es una manifestación macrocósmica de lo que se llama “la sangre purificadora”. Esta sangre limpiadora no remite nuestros pecados, pero nos da algo nuevo y poderoso para hacerlo nosotros mismos creativamente. Nos dio una atmósfera creativa más brillante o un trasfondo psíquico. Los avances creativos desde la crucifixión son prueba de ello.

Este don es, en sus aspectos superiores, llamado gracia. El amor del mundo de los deseos superiores es una manifestación del amor mucho más elevado del Espíritu de Vida. El Espíritu de Vida es el hogar de Cristo. El Espíritu de Vida trasciende la Subdivisión Abstracta del Mundo del Pensamiento, por lo que trasciende la ley. Es libre, excepto en la forma paradójica de que el amor no puede dejar de amar, en su propia naturaleza. No merecíamos el amor que iluminó nuestro entorno psíquico. No había nada en nuestra corriente de causas y consecuencias que indicara que merecíamos la gracia y todas las cosas maravillosas que es y que su amor puede dar. Cristo nos dio un respiro que no merecíamos. ¿Podemos hacer lo mismo y recibir la gracia pasándola? Piense en esto la próxima vez que alguien se le cruce en el tráfico.

Lo curioso de la libertad es que todo en ella es gratis. “*Gratis* lo habéis recibido, ahora dadlo *gratuitamente*”. La libertad no se puede guardar, hay que darla, hay que vivirla, ese es el camino del Espíritu de Vida. La libertad también debe ser aceptada libremente. Debemos aceptar la gracia para recibirla. Se puede negar, pero uno se pregunta quién querría hacerlo. En casos de orgullo, hay que pedirlo. Antes de que pudiéramos recibir la gracia de Cristo, tendríamos que aceptar a Cristo como uno de nosotros.

Los humanos tenemos formas extrañas de aceptar a los extraños. Algunos de ellos involucran sangre. El corazón y la sangre son el asiento del Espíritu de Vida en el cuerpo humano. Así, por ejemplo, encontramos el amor altruista del Espíritu de Vida manifestado en la mezcla de sangre. La mezcla de sangre es cuánto se está disolviendo del prejuicio separativo de razas y culturas. La sangre se mezcla de otras maneras más allá del matrimonio interracial, aunque a menudo es más simbólica que real. Los nativos americanos y algunos escandinavos requerían mezclar sangre cortando las venas y dejando que la sangre fluyera junta para ser aceptados en su comunidad. Para nosotros los terrícolas, Cristo, manifestado a través del cuerpo de Jesús, era un extraño, no uno de nosotros. Tuvimos que aceptar a Cristo para recibir el don divino de la gracia. La mortalidad es la agencia definitoria de nuestra humanidad. Decimos cosas como “el hombre es mortal”. Puede parecer extrañamente perverso para nuestras sensibilidades aparentemente más finas, pero, según nuestra propia definición, para recibir a Cristo entre nosotros, tuvimos que matar a Cristo matando el cuerpo de Jesús como si estuviéramos matando a Cristo. Recibimos el regalo más grande que jamás se le haya dado a la humanidad, en nuestro comportamiento más ignominioso. Paradoja. Esto no debería ser una sorpresa porque los opuestos paradójicos se unen en la verdad más allá de la razón, en el Espíritu de Vida.

Una vez más, muchas cosas se logran en un solo acto. Cristo, el epítome de la vida, tuvo que enfrentarse a la muerte como lo hace cualquier ser humano para poder traernos la gracia en nuestra más frágil necesidad, el miedo a la muerte. Cristo nunca había estado en un cuerpo etérico y químico. Había algo nuevo para Cristo también en la encarnación. Cristo nunca había experimentado el exilio en el mundo exterior, solo y lejos del conocimiento directo de la divinidad, como lo hacemos nosotros. Cristo no conoció el miedo a la muerte. Para poder traernos la gracia de una manera que podamos aceptarla y beneficiarnos de ella, Cristo tuvo que experimentar lo que nosotros experimentamos. “Venid a mí, los que estáis fatigados y abrumados, y yo os haré descansar”. Esas son palabras que no pueden ser

pronunciadas por un ser que solo ha experimentado alegría espiritual. El cuerpo de Jesús tuvo que experimentar la existencia humana, y tuvo que morir, y Cristo tuvo que experimentarla por nosotros. Hubo agonía en la cruz así como exaltación.

El cuerpo de Jesús tenía que morir por la efusión de sangre. Hay un principio oculto sobre la muerte de sangre que se conoce desde hace siglos. En oriente se llama samsara. Se ha descubierto que si el cuerpo de un individuo muere sin derramamiento de sangre, existe un apego al mundo físico. El principio parece tener algo que ver con el compromiso del espíritu en la espiritualización de la materia mientras trabaja directamente a través de la sangre, pero ese es un tema que es demasiado por ahora. Con el derramamiento de sangre, el espíritu y los vehículos superiores pueden escapar directamente a la atmósfera del mundo interior sin un apego persistente en el compromiso con un mundo no redimido. Estando Cristo atado al cuerpo de Jesús, muerto por causas naturales o por envenenamiento o por alguna otra muerte sin flujo de sangre, Cristo habría estado atrapado aquí, como nosotros, hasta el final de la Tierra química. Esto habría sido una tragedia de proporciones colosales, quizás algo tan monstruoso como una segunda "caída". Tenía que ser por sangre, una clase diferente de "sangre limpiadora".

¿Murió Cristo por nuestros pecados? Sí, pero parece que no por ninguna de las razones dadas en ninguna de las versiones de la doctrina de la expiación vicaria.